



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRIMERA PARTE.

CANTARES VARIOS.

I.

Enhorabuena de un embajador en el nacimiento
de un príncipe.

Regocijo de la tierra,
Joya hermosa, pluma rica,
Flor que crece, y multiplica
Matices á su color;

Seas bien venido á la vida,
De tu casa lustre y gozo,
De tus deudos alborozo,
Bello niño, dulce amor.

Del abuelo generoso
De caudillos y de reyes,
Que dictando al mundo leyes
En la guerra y en la paz,
Perpetuó en su noble stirpe
La corona refulgente,
Eres brillo de su frente,
Eres copia de su faz,

Eres de tu padre escelso
Entre todas prenda rara,
Sangre de su sangre clara,
Llama de su mismo ardor:
Sus perfecciones retratas,
Como la cera los sellos,
Cabello de sus cabellos,
Reflejo de su esplendor.

Mas yo pregunto: ¿haz nacido
A eternizar su memoria?
¿Sus hazañas y su gloria
El cielo repite en tí?
¡Ah! no acierta mi ignorancia
A penetrar lo futuro;
Envuelto está en humo oscuro
El tiempo que ha de venir.

Ignoro si el mundo acaso
Te gozará, prenda hermosa,
Sarta de zafir preciosa,
Límpida perla del mar.
¿Imperarás en tu pueblo?
¿Llenarás su trono augusto?
¿Ó bien al sepulcro adusto,
Tierno infante, bajarás?

¿Serás en niñez temprana
Garza de nevada pluma,
Que al disiparse la bruma
El lago cruza fugaz?
¿Ó serás águila firme
Con las sierpes de la tierra?
¿Ó bien, tras sangrienta guerra,
Cándida flecha de paz?

El númen que en las alturas
De los hombres rige el signo,
Sabe si tu pueblo es digno
De tan alta posesion:
En silencio sometidos
A sus ocultos decretos,
Veneremos sus secretos,
Bello niño, dulce amor.

II.

Respuesta del Padre.

Discreto embajador, seas bien venido,
Para esplendor y luz de esta morada:
Ella con tu presencia queda honrada,
Y en su recinto tu discurso ha sido
Cual música acordada.

Fragantes son los ecos de tus labios
Como las olorosas clavellinas:
Tesoros viertes cual las ricas minas,
Y son preciosos tus consejos sabios
Como las piedras finas.

Rompe la fuente su canal estrecho,
Dulce el panal destila de la roca,
Así descendiendo, con verdad no poca,
Sentencias graves de tu noble pecho,
Dulzuras de tu boca.

Eres para el monarca que te envía
Intérprete feliz del pensamiento:
Su noble y elevado sentimiento
Añade glorias á la gloria mia,
Contento á mi contento.

No sé si aqueste infante, hora nacido
(Ofrenda preparada á la fortuna)
Como sol reine sin mudanza alguna,
Ó bien imite con vagar perdido
Los pasos de la luna.

No sé si en horas de pesar amargas
Lo implique el infortunio en sus rodeos,
Ó si lleno de glorias y trofeos
Feliz esceda, por edades largas,
Su vida á mis deseos.

Que el númen de la muerte pavoroso
¡Ay! no respeta condicion ni estado;
A un tiempo mismo con su soplo helado
Postra al anciano, al luchador famoso,
Y al niño delicado.

Tu acento alegra el corazón de un padre,
Como al campo las gotas de rocío
En la alborada de abrasado estío:
Ufana dejas á la nueva madre:
Honrado al hijo mio.

Páguete el cielo voluntad tan buena:
Con ella nuestros pechos aprisionas.
El claro rey, cuya grandeza abonas,
Próspero estienda en su vejez serena
Imperios y coronas.

III.

Consejos de un padre á su hija.

Hija, preciosa como grano de oro,
De amor rico tesoro;
Bella, como la luna en noche fria,
Ó como estrella que precede al dia;
Graciosa, como cándida paloma
Cuando serena por el cielo asoma:
No suena en la espesura
La ave con tal dulzura,
Hija, retrato de tu hermosa madre,
Como tu voz al corazón de un padre.

Encanto de mi amor y de mi vida,
Al corazón unida,
Como á su tallo la azucena hermosa,
Ó á su verde botón purpúrea rosa.
Cuando presente estás, mi alma florece,
Y en tus gracias se goza y enriquece;
Pero sin tí, marchita
Se postra y debilita:
Eres causa feliz de mi sosiego,
Y objeto de mi amor y casto fuego.

Descansa aquí conmigo juntamente,
Al márgen de esta fuente,
Que corriendo al estanque cristalino
Dilata entre las flores su camino:
Cúbrese el valladar de yedras varias,
Y las tórtolas gimen solitarias:
Nos dan sombra y asilo
El álamo y el tilo:
En esta soledad, del mundo lejos,
Presta dócil oído á mis consejos.

Al Supremo Hacedor, que formó el mundo,
Y en el cielo profundo
Enciende entre las nubes las centellas,
Ó hace brillar las nítidas estreilas,
Debes la vida y ser, la luz que miras,
Y el aura que dulcísima respiras.
En la tierra te puso:
De la razón el uso
Te dió, para que humilde le veneres,
Y por su ley tu corazón moderes.

En la vida del hombre no hay descanso:
Ora arroyuelo manso,
Ora sin diques montaraz torrente,
Camina sin cesar al mar rugiente.
Cubre tu lecho de olorosas flores,

Y encontrarás espinas y dolores.
¡Dichosa si mantienes
Los males y los bienes,
Gozos y penas en igual balanza;
Y solo en Dios colocas tu esperanza!

Mezcló el Criador contentos con enojos.
Colores dió á los ojos,
Deleite al paladar, al lábio risa,
Y tras penoso afan quietud precisa.
Pero quiso tambien, que fiebre ardiente,
Insomnio triste, malestar doliente
Turbasen en la vida
La dicha apetecida.
Palacios alza el hombre, y no se cura
Que su mansion será la sepultura.

Haz vivido hasta aquí como en un sueño:
Despierta, y con empeño
Lo que cumpla á tu ser atiende y mira,
Y aparta la verdad de la mentira.
Próspera vivas dilatados años,
Pero inocente siempre y sin engaños.
Guarda para tu esposo
Tu pecho virtuoso:
Serásle fiel, y en amorosos lazos
Dilata á su vivir tranquilos plazos.

Nacida fuiste, cándida y hermosa,
De sangre generosa:
En el trono imperial padres y abuelos
Dejaron de virtud claros modelos:
Mira que torpe accion, nunca de lustre
Tu heredado valor y sangre ilustre.
Deja el jugar de niña:
Apréstate, y alíña
Tu casto pecho á la virtud constante,
Y á la dulce modestia tu semblante.

Despierta diligente con la aurora:
A Dios humilde adora:
Los númenes respeta tutelares
Con fé sencilla, en los paternos lares,
Rindiendo á sus imágenes honores
Con aguas puras y olorosas flores;
Ó bien en bosque denso
Quema en su altar incienso:
Cubra tu frente religioso velo,
Y comienza tus obras por el cielo.

En haciendas domésticas te emplea,
Y prudente tarea
A tus criadas reparte y distribuye:
Del ocio torpe los halagos huye.
Suene la lanzadera resonante

LAS AZTECAS.—2

En tu telar, cuando la esclava cante
En la noche serena,
Por aliviar su pena.
Si sus labores diligente velas,
Tu esposo vestirá preciosas telas.

Suspenda ya su voz el lábio mio.
A tu prudencia fio
Que en el silencio del paterno techo
Grabes estas palabras en tu pecho.
Mira que la prudencia te ilumina
Por medio de la luz de mi doctrina.
Dichosa si sus dones
En tu memoria pones,
Y cual rico caudal de plata y oro
Forman ellos tu hacienda y tu tesoro.



IV.

Consejos de una madre á su hija al tiempo
de casarla.

¡Unida á un nuevo amor, de esta morada
Tu esposo te desvia,
Traslado de tu padre, idolatrada
Prenda del alma mia!

¡Dulcísimo embeleso á mi memoria!
¡Imágen lisongera!
¡Tú fuiste mi contento, tú mi gloria,
En tu niñez primera!

Ya no tu madre al escuchar tu llanto
Sobresaltada veló,
Ni te arrulla en la noche con su canto
¡Paloma pequeñuela!

Ni cuando en la alba, al declinar la luna,
El genio malo acecha
Al tierno infante en solitaria cuna,
Al corazón te estrecha.

Ya no tu huella entre las nuevas flores
Por vez primera guía,
Ni te cubre en el campo á los ardores
Del sol de medio día.

Ni escucha de tus lábios balbucientes
Dulce voz que la llama,
Ni mira en tus ojos refulgentes
Brillar celeste llama.

Pero te mira jóven floreciente
En retirada estancia,
Como ignorada rosa, que el ambiente
Inunda de fragancia.

Modesta y pura, sin hacer alarde
De tus hechizos, bella,
Eres como en las sombras de la tarde
La retirada estrella.

Hora que herida de dolor me toca
Llorar tu ausencia fiera,
Escucha los consejos que mi boca
Te da, la vez postrera.

Del númen poderoso de los cielos
Guarda las leyes santas:
Las sendas de virtud de tus abuelos
Pisen siempre tus plantas.

Nunca amor estraviado y delincuente
Tu corazón mancille:
En tus humildes ojos y tu frente
Siempre el recato brille.

Cuando á la calle salgas, no revuelvas
La vista erguida y vana,
Ni el manto que te adorna desenvuelvas
Con actitud liviana.

Nunca el afeite tu semblante altere
Con sus colores vivos:
Ni lúbrica canción, que al alma hiere,
Penetre en tus oídos.

Ama á tu esposo con amor sincero,
Al desvalido auxilia,
Enseña la virtud dando primero
Ejemplo á tu familia.

Lleva á tus hijos por la firme senda
Que al bien nos encamina,
Y á tus postreros nietos encomienda
Esta misma doctrina.

Es nuestra vida tránsito doblado
Entre abismo y abismo;
El hombre que lo pasa descuidado
Perece por sí mismo.

¡Ay, no te arrastre su letal encantol
¡Cuánto mi amor recela!
Váste y me dejas anegada en llanto,
¡Paloma pequeñuela!



V.

Invocacion al Dios de la guerra.

¡Invisible poder del cielo y tierra,
Señor omnipotente de la guerra,
Invicto lidiador:
Tu pueblo ante tus aras se presenta,
Y al rudo asalto y á la lid sangrienta
Se apresta con valor!

La muerte á tu mandato se levanta:
Tiembla el suelo oprimido de tu planta:
Huye el númen de paz:
Y abre y dilata sus profundos senos,
De eterna noche y de silencio llenos,
El sepulcro voraz.

¡Cuánta sangre vertida por la espada
Descenderá al abismo, consagrada
Al infernal furor!
¡Cuántos cuerpos truncados, insepultos,
En montes asperísimos, incultos,
Serán ofrenda al sol!

Sus víctimas señala airado el cielo,
Y lágrimas sin término y sin duelo

A la tierra infeliz:
Ignora de su amor la dulce esposa,
Y del hijo la madre cariñosa,
¡Ay! el próximo fin.

Hermosa imagen de su padre, el hijo,
Derrama en su morada el regocijo
Con infantil candor:

Crece robusto jóven, y en un punto
Cayendo inmóvil en la lid, difunto,
Causa inmenso dolor.

Breves son los instantes de contento,
Larguísimas las horas de tormento,
Prolijo el padecer:

Tal es la suerte que á los hombres cupo:
Así con sabio porvenir lo supo
El cielo disponer.

Que si nos dió, con término y medida,
Beber las dulces auras de la vida

Y ver su clara luz;
Hace tambien, sin que crueldad implique,
Que la guerra nos postre y sacrifique
Con fúnebre segur.

Del sepulcro voraz somos tributo:
Somos al reino de pavor y luto

Ofrenda funeral:
Inevitables víctimas nacemos;
Y en sacrificio al cielo nos debemos
Con término fatal.

Al que muera en la lucha sanguinosa
Traslada ¡oh Dios! con mano poderosa

A la etérea mansion:
Cíñe su frente con diadema de oro,
Y vístelo de pompa y de decoro
Con vívido esplendor.

Abre la helada mano de la muerte
Gloriosas puertas al guerrero fuerte,
Que espira en dura lid;
Aposéntalo el sol en sus palacios,
De cristal fabricados y topacios
En campos de zafir.

Allí en jardines llenos de verdura,
Do florecen con plácida frescura
El cedro y el laurel;
Cabe tanques y fuentes bulliciosas,
Gusta del lirio y encendidas rosas
La perfumada miel.

Concede ¡oh Dios! un ánimo valiente,
Invicto brazo y corazón ardiente,
Al bravo lidiador:
Has su espada triunfar en las batallas,
Postra á sus piés ciudades y murallas,
Míralo con favor.



VI.

En la muerte de un guerrero.

Salve, guerrero impávido,
En el valor, primero;
Veloce como el águila,
Y como el tigre, fiero;
El de la faz intrépida,
El diestro flechador:

Bien es, que en altos cánticos
Siempre tu fama viva,
Y en ejercicios bélicos
La juventud reciba
De tu inflamado espíritu
Inestinguible ardor.

Que no la tumba fúnebre
Tus hazañas sepulta,
Ni en sus moradas lóbregas
Tu claro nombre oculta:
Antes brota cual vástago,
Nace cual nueva flor.

Cuando á la lucha f3rvida,
Siguiendo sus pendones,
Se lanzan impert3rritos
Los bravos batallones,
Tú á la venganza incitaslos,
Tú enciendes su valor.

Pasó flecha mortífera
Tu corazon osado,
Al alto sol espléndido
Lo ofreces denodado,
Puro, como un crisólito,
Limpio, como un zafir;

Y la deidad benévola,
En su trono brillante
Lo recibió, ciféndote
Corona de diamante;
Y entre los astros fúlgidos
Te hizo al punto lucir.

Bríndante allí sus h3litos
Las auras amorosas,
Y sus olores plácidos
Los lirios y las rosas;
Su tinte el alba cándida,
Las estrellas su luz;

Y de nuevo saludante
Con aplausos guerreros,
Tus allegados intimos,
Tus caros compañeros,
Himnos cantando unisonos
De amor y gratitud.

En las contiendas ásperas,
Y en la dura palestra,
A los pátrios ejércitos
Tu espíritu se muestra,
Vistiendo nueva túnica
De eterna claridad;

Y sobre el aire diáfano
Las armas empuñando,
Sabe parar los ímpetus
Del enemigo bando;
Fuerte escudo de México,
Gloria de la ciudad.



VII.

Plegaria al Dios del agua.

Potente Dios del agua
Que allá en region oculta
Resides en jardines
De célica hermosura;
A quien halagan siempre
Las auras que susurran,
Las ramas que se mecen,
Las fuentes que murmuran:
A quien puros inciensos
Rodean y perfuman,
A quien canoras aves
Dulcísimas adulan.

Los genios á quien mandas
Que tus decretos cumplan,
Nos privan de los dones
Que en tu morada abundan.

Los frescos manantiales
Cerraron en sus urnas,
Y niegan á los campos
Tus bienhechoras lluvias.

Lleváronse á su hermana,
A la deidad augusta,
Que nos daba las mieses
Solícita y fecunda.

Las mieses, mas preciosas
Que las riquezas sumas,
Y que las perlas raras
Que da la mar cerúlea.

Resquíebrase abrasada
La triste tierra inculta,
Trocando en polvo estéril
Sus galas y verdura.

Sobre el pesado fango
De la muerta laguna,
Ni el cisne se pasea,
Ni la barquilla cruza.

Pide en su pena al cielo
El Labrador ayuda,
Y el sol, con rayo ardiente,
Tuesta su faz adusta.

Cuando la triste aurora
En el Oriente aiumbra,
No el coro de las aves
Festivo la saluda.

Cuando de noche reina
La soñolienta luna,
Nubes no la coronan,
Que la mudanza anuncian.

El hijo pequeñuelo
El seco pecho estruja
De la madre, que al seno
Lo estrecha con angustia.

A tus altares corre
La desolada turba,

Con pálidos semblantes,
Y desceñidas túnicas.

Mira al pequeño infante,
Que en desvalida cuna
Por el sustento clama,
Y refrigerio busca.

¡Ayl atiende á sus ruegos,
Sus clamores escucha,
Y á nuestros campos vuelve
La pompa y hermosura.

Abre las fuentes claras,
Nuestros valles inunda,
Restituye á sus diques
La plácida laguna.

Mas no de lo alto lances
El rayo que relumbra:
No sufren nuestros ojos
La luz que los ofusca.

El espantoso trueno,
Que horrisono retumba,
Postra al anciano débil,
Y al tierno niño asusta.

Alguna vez del Orbe
Vendrá á noche profunda,
Herida de tus rayos
La escelsa arquitectura.

Ahora nos liberta
De presenciar la lucha,
Con que la tierra y cielo
En el abismo se hundan.

VIII.

Enhorabuena en la coronacion de un príncipe.

Amado pueblo mio,
No mas llanto doliente,
Y suspende el plañir de la amargura:
Recobra esfuerzo y brio:
Cifian flores tu frente
Y vístete de gala y hermosura.
Benevolencia pura
Te muestra el alto cielo,
Dándote por consuelo
Un príncipe preciado,
Guerrero en los combates esforzado,
Solaz al afligido,
Padre del miserable y desvalido.

Partió de aqueste mundo
El rey que te regia,
Bajando de la muerte á la morada:
Siguió gemir profundo
Al canto de alegría,
Y endechas á tu música acordada.
Tu luz quedó apagada,
Tu hermosa flor marchita,
Rota tu margarita,
Sin brillo tus pendones,
Pasados de dolor los corazones,
Tus confines con susto,
Y de sombras cercado el sólio augusto.

Intrépido guerrero
Fué de su pueblo escudo,
Grande en el mando, y en obrar ardiente.
Con pecho y brazo entero
Al contrario sañudo
Hizo en el polvo sepultar la frente.
Hirió su luz fulgente
Imperios espaciosos:
Nunca mantuvo ociosos
So el manto soberano
Su planta firme y su esforzada mano;
Reprimió la malicia,
Y colocó en el trono la justicia.

¡Oh, cuán irreparable
Su pérdida nos fuera,
Si no encontrara en tí sucesor dino!
Por manera admirable
Tu exaltacion sincera
El hado dichosísimo previno:
El próspero destino
Trazó con firme dedo
Rumbo á tus plantas nuevo:
Al porvenir oscuro
Sucedió clara luz con rayo puro:
Tu nombre quedó inscrito
Entre el número de astros infinito.

El rey del claro día
Que tierra y mar profundo
Rige, de los alcázares del cielo,
Determinado habia
Que fueras en el mundo
Hijo de rey, de reyes el modelo.
Como en fecundo suelo
De su semilla, hermoso
Crece el árbol frondoso,
De pompa coronado,
Sobre los bosques y el florido prado;
Así con fuerzas nuevas
Tu stirpe gloriosísima renuevas

Desde tu trono atiende
A fáciles consejos
Que al lábio dicta el corazon sencillo.
A la verdad defiende,
Desterrando á lo lejos
De torpe adulacion el falso brillo.
El valor, tu caudillo,
Tu norma, la prudencia,
Tu madre, la esperiencia
Serán, y porque aciertes,
Manten la dulce paz con leyes fuertes;
Uniendo en blando lazo
Al pacífico pueblo en tu regazo.

Cuida con tierno empeño,
Y en su seno alimenta
Al hijuelo, la madre cariñosa:
Vela su dulce sueño:
Solo para él alienta:
No descansa en un punto, no reposa.
No menos officiosa
Tu mano escelsa y firme
A tu pueblo confirme:
En perdurable vela
Sirvele de defensa y centinela;
Y tenlo á tí estrechado
De contento y de bienes abastado.

Escucha ¡oh rey! mi aviso:
Jamás flaco y cobarde
Te entregues con molicie al abandono:
El Dios supremo quiso
Que el fuego que en él arde
Incólume mantengas en el trono.
Vive libre de encono:
Sé firme en justa guerra:
Los placeres destierra:
Tus consejos preside:
Con trabajo y labor el hambre impide;
Y sufre con paciencia,
En union de tu grey, la pestilencia.

Que suele el cielo justo
Sobre soberbio imperio
Centellas fulminar con brazo airado.
Trueca con ceño adusto
Su mando en cautiverio,
Y en oprobio su nombre celebrado.
Ejército esforzado
Cubre, de gentes fieras,
Sus montes y riberas:
La vengadora llama
Por templos y ciudades se derrama:
En sus campos incultos
Yacen ¡ay! sus guerreros insepultos.

Ó bien de los nublados
Lanza lluvia copiosa
A la luz de relámpagos ardientes.
Arrastran los sembrados
Con furia procelosa
Hinchados y sonoros los torrentes:
Otras veces dolientes
Los campos, á porfía
Luchan con la sequía;
Ó bien el austral viento,
Empañando los astros con su aliento,
Hierre con soplo fiero,
Ministro de la muerte, á un pueblo entero.

Por esto resignado
A Dios, y ante él rendido,
Escucha sus palabras sacrosantas.
No pongas descuidado
Sus leyes en olvido;
Y pues por él al sólio te levantas
Humíllate á sus plantas.
Será entonces con gloria
Tu hermana la victoria:
Serán tus pueblos fieles:
Coronarás tus sienes de laureles;
Y al fin, dejando el suelo,
Vivirás con los astros en el cielo.

SEGUNDA PARTE.

CANTOS

DE NETZAHUAL-COYOTL.

REY DE TESCOCO. (*)

I.

Lamenta sus desgracias, cuando huía perse-
guido del rey de Azcapotzalco.

No bien habia nacido
Y entrado á esta morada de dolores,
Cuando senti mi corazon herido
Del pesar con los dardos pasadores.

Crecí en afan prolijo,
Y al verme solo prorrumpió mi lábio:
¿Qué hace en la tierra desvalido el hijo,
Si no lo sabe guiar consejo sabio?

(*) Floreció en el siglo XV de la éra vulgar.